



ILUSTRACIÓN: JUSSEP ZAMBRANO

Burladero

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ

Conocí al hombre una tarde en que iba a tomar el metro en la estación de Atocha. Se veía como agotado, entramos juntos y compartimos el asiento. Estaba como triste, sus ojos veían y no veían. De pronto le pregunté, sólo por sacarlo de su tristeza, por la hora, me la dio con cierta indiferencia. Luego, me dediqué a mirar por la ventana cómo caía la noche sobre Madrid. El hombre seguía en silencio, hasta que se le ocurrió preguntarme si alguna vez yo me había sentido tan sola en este mundo. Le dije que sí, después que dejé el avión que me trajo desde Guayaquil. Entonces él medio sonrió diciendo que una vez estuvo en ese puerto, que le gustaron la cerveza y las mujeres, que fue a ver jugar a Barcelona, porque le llamó la atención que en esa ciudad hubiera un equipo

al que llamaran “torero”. Nos callamos. El metro se iba quedando sin gente, para bajarme no faltaba mucho.

De pronto, el hombre me clavó sus ojos verdes, muy bonitos, y pasándose la mano sobre su calva (tenía unos cuantos pelos) me dijo, te invito tía, vamos a tomarnos unas cañas, ¿os parece? Le respondí que mañana trabajaba, que estaba un poco cansada; pero él insistió tanto que me convenció, y terminamos en un bar donde nos echamos una y otra cerveza hasta que finalmente el hombre me dijo el motivo de su tristeza, se había dado cuenta que durante los mejores años de su vida no había hecho otra cosa que andar con mujeres de la vida fácil, de las que se enamoraba cada fin de mes, hasta que se fue aburriendo y desconfiando de todas. No sé cuántas cañas nos tomamos en ese bar en donde tocaban boleros cantados por una mujer cuya voz me llenaba el pecho de muchas nostalgias que se fueron ahogando con las caricias del hombre que eran muy inocentes.

Desde entonces quedamos en que él me esperaría en la estación de Atocha para bajar a ese bar que se llama “El burladero”. Nos gustó porque el dueño es un tipo que le encanta oír fados y boleros. Ahí nos dedicamos a beber cerveza hasta quedarnos dormidos de tanto bolero y de tanta cerveza, y de tanta pena compartida. Un buen día, el hombre sacó una flor blanca y sonriendo me dijo que sabía que era como mi padre, pero que quería compartir el resto de su vida conmigo, y por eso me llevó a su refugio que era como su propio templo. Ahí pasaron las horas, yo contándole lo que había hecho en Guayaquil hasta antes de quedarme sin plata, porque los banqueros (en el país esa crisis fue como un tsunami) se me llevaron los pocos ahorros que tenía después de haber trabajado durante algunos años en un almacén que vendía cosas importadas, que en realidad eran cosas contrabandeadas por los turcos.

Y él contándome de cómo habían sido sus años como trabajador en un manicomio de Madrid, en donde a veces llegó a confundirse al no poder distinguir quiénes estaban más locos, si los de adentro o los que andaban sueltos en la calle.

Sí, el hombre me dobla en edad, pero debo decir que antes de conocerlo me había metido con tipos que lo único que hicieron conmigo fue aprovecharse, incluso llegué a estar perdidamente enamorada de un profesor de un colegio nocturno, quien para completar su mensualidad me obligaba a meterme en la cama con algunos de sus compañeros de trabajo; y lo hacía para que se sintiera bien, para que supiera que una, a diferencia de la aburrida de su esposa, era capaz de todo. Pero este hombre de ojos verdes y calvo, que a veces arrastraba demasiado las eses y hablaba tan bajo que siempre tenía que adivinarle lo que quería decirme, era muy diferente a todos los que había conocido en mis días, por lo que sin pensarlo dos veces decidí quedarme en su refugio y no regresar. Decidimos vernos con su familia, sus dos hermanas y un hermano, sus sobrinos, su madre y padre, eso lo haríamos luego, en su hora. A veces le preguntaba qué dirían ellos de mí, y él me respondía, pues tía, nada, que tú eres mi maja, y eso es todo. Pensé que así sería, me bastaba con mirar sus ojos verdes para creer que todo estaba resuelto, que seguiríamos yendo a ese bar de las primeras cervezas a oír boleros y a embriagarnos hasta terminar desnudos haciendo locura y media en su refugio, que para mí la vida recién empezaba.

Y no miento, nunca antes había sido tratada ni había experimentado nada parecido. En verdad, la felicidad existía. Yo era una privilegiada al conocerla de lleno. Pero como dicen por ahí, la dicha tiene las alas cortas. Una noche llegaron los parientes y derribaron la puerta de nuestro refugio, entraron con la policía, dijeron que yo era la

guarra que antes limpiaba y trapeaba en su casa, que drogué al viejo, su hermano, el calvo, sabiendo que era un hombre depresivo, un inestable al que engañé y seduje con mi cuerpo, que de seguro lo envicié con estas porquerías (y sacaron unos frascos con sustancias que no he visto jamás en mi vida). Gritaban por los mil demonios, nunca quisieron escuchar mis explicaciones, repitieron que era una sudaca malvada, que había empeorado la enfermedad de su hermano. Yo les expuse que nunca fue así, que lo dejaran hablar a él; pero de inmediato le inyectaron algo y lo durmieron.

Desde entonces, después de que estuvieron a punto de deportarme, vuelvo a la estación de Atocha; me quedo horas de horas mirando a todos los hombres pelados y de ojos verdes que pasan por ahí, incluso muchas veces me acerco a preguntarles si se llaman Antonio Umbrales, si acaso lo conocen o han oído de él alguna vez. Lo mismo hago en “El burladero”, en donde al dueño siempre le pido que repita ese bolero que nunca sé quién diablos lo canta: Si tienes un hondo penar, piensa en mí... Lo escucho hasta que el hombre de la barra me sacude del brazo y me dice, vale tía, ven mañana para que me vuelvas a contar el culebrón con el Antonio, ese fantasma que espero un día venga a pagar las cañas por ti, ¿vale?

